

Tejiendo la paz desde las aulas universitarias; el papel de la educación en el posacuerdo colombiano

John Alexander García Cristancho*

Ítala Marina Camargo**

Facultad de Psicología Universidad Católica de Colombia

Resumen

Esta ponencia pretende abrir un espacio para reflexionar acerca del papel fundamental de la educación en los procesos de posacuerdo.

Colombia se encuentra actualmente en un proceso de transición de 52 años de conflicto armado hacia el camino de la paz. Parte de este proceso involucra factores económicos, políticos o socioculturales y también educativos, que contribuyen a generar una cultura de paz mediante la implementación de valores como la tolerancia y el respeto, esto en busca de la aceptación de la diferencia y de la reconciliación (Martínez, Ramírez y Pertuz, 2015).

Palabras clave: aula universitaria, conflicto, posacuerdo y paz.

Inicialmente es importante partir de la definición de posconflicto, que según Fride (2008) es el periodo en el que se reducen las “hostilidades” y se da paso a las actividades de reincorporación y rehabilitación para iniciar o retomar la vida civil. De acuerdo con lo anterior, la ausencia de acuerdos ha dificultado el ingreso a una etapa de posconflicto, a causa de lo cual han surgido diversos efectos negativos en la población civil,

* Estudiante de cuarto semestre de la Facultad de Psicología.

** Docente Facultad de Psicología y directora del Semillero de Medición y Evaluación.

pues las dinámicas sociales se han caracterizado por el desplazamiento y el desarraigo de propiedades y bienes a causa del comercio de armas y de estupefacientes para financiar la guerra (Infante, 2013). Las relaciones entre economía y política hacen del negocio de la guerra un espacio sostenible y lucrativo para determinados sectores, por lo que acabarla sería un desierto para algunos colombianos y extranjeros.

Por ello, las políticas del posconflicto deben facilitar los procesos de acceso a la educación como herramienta para promover la convivencia y la protección de los derechos de los actores del conflicto, armados y no armados. Infante (2013) afirma que las herramientas de protección consisten en la seguridad física para estudiantes, padres y profesores por varias razones, entre ellas el hecho de que en algunas instituciones educativas se encuentran en espacios físicos rodeados por minas o actores del conflicto, cuyo objetivo estaba centrado en la destrucción y la muerte basándose en amenazas. Tales actores se encuentran actualmente convocados a habitar en un mismo espacio con el objetivo de generar espacios de vida, acuerdo y futuro. Por otra parte, se deben hacer alianzas con las entidades del Estado para desminar estos espacios. Esto desemboca en una construcción de tejido social y el restablecimiento de rutinas, de modos de vida, de espacios de cultura. Permite retornar al sentido de pertenencia, de arraigo y de valor por lo que somos y del lugar al que pertenecemos.

Las experiencias de otros países que han vivido procesos de posconflicto como Bosnia y Herzegovina, El Salvador y Sierra Leona deben tenerse en cuenta ya que han mostrado que la educación provee herramientas para la protección física, psicosocial y cognitiva y permite la reconstrucción social (Infante, 2013).

El proceso educativo guarda relación con la protección cognitiva ya que existe un vínculo claro entre las condiciones de vida que se han formado en los últimos 52 años de guerra y que requieren de una modificación y mejora. Esto implica aprender a leer la historia, a analizar cada uno de los resultados de esta guerra, pues ya lo decía Mujica, palabras más, palabras menos, que Colombia tiene una economía tan sólida que,

a pesar de tener una guerra de tantos años, sigue siendo un país económicamente estable. También aseguraba que el futuro de Colombia sin guerra será otro pues ya sus dineros no se destinarán a la guerra sino a la construcción de país, de patria.

Pero claro está que las condiciones de vida de la guerra han dejado a los actores sociales vinculados a una crisis de salud relevante, dejando secuelas tras eventos como el tiempo habitado en condiciones infrahumanas en el monte, el creciente índice de mujeres con abortos mal realizados, una población con numerosos diagnósticos de enfermedades crónicas, con sida, con desórdenes de estrés postraumático, con indicadores de trastornos mentales, familias desmembradas, huérfanos y muchas personas con odio arraigado (Infante, 2013). Es necesario entonces mejorar las condiciones de vida ya que esto se traduce en la apertura de la posibilidad para que los niños vuelvan a estudiar, para que los profesores vuelvan a ejercer su profesión, pues si estos espacios académicos se dan pueden contribuir al desarrollo de habilidades para sobrepasar la crisis y hacer del conflicto (algo connatural al hombre y por ello nunca desaparecerá) una oportunidad para que los seres humanos se reconozcan y validen al otro en la diferencia (Fride, 2008).

Lo anterior implica la creación de un sólido sistema educativo, pues ese se considera uno de los elementos que podría llegar a garantizar el desarrollo de la paz, es decir, una paz duradera que permita la escucha de los involucrados, personas, familias y la sociedad en sí misma. Sin embargo, las prioridades en el inicio del posconflicto se reúnen principalmente alrededor de las condiciones de vida, de la alimentación y de suplir las necesidades básicas para vivir. Es importante generar ambientes que faciliten la convivencia, la reconciliación y la planeación de futuro: este es el rol que juega la educación en cuanto a la reintegración social, pues abarca diversas áreas del posacuerdo, entre ellas la formación académica que contribuye a la reestructuración del proyecto de vida de los individuos desmovilizados (Universidad Simón Bolívar, 2016), y les ofrece otras oportunidades de ingresos económicos.

Una de las preguntas que podrían surgir en cuanto a la educación como una de las pautas necesarias para la reinserción social de los desmovilizados es: ¿En qué grado los excombatientes estarían dispuestos a iniciar un proceso académico? Pues bien, las edades de los individuos desmovilizados entre 2012 y 2015 corresponden respectivamente a: 7,1 % entre 18 y 25 años, 69,7 % entre 26 y 49 años, 20,2 % entre 41 y 60 años y un 1,5 % es mayor de 60 años de edad. Además, los datos brindados por la ACR (2015) confirman que aproximadamente 57 mil personas se han desmovilizado en los últimos tres años, optando por programas de inserción en busca de beneficios en cuanto a salud, economía, trabajo y educación, pues “es importante tener en cuenta que aproximadamente el 49 % de los desmovilizados tiene hijos y que, por tanto, el proceso de inserción debe realizarse también con la familia del desmovilizado” (Martínez et al, 2015, p. 2).

El ICBF (2014) afirmó que de 1999 a 2014 se reportaron alrededor de 5500 menores de edad y jóvenes en proceso de desmovilización; el 55 % de los cuales no había concluido la primaria. Esto implica un proceso activo de vinculación de jóvenes desmovilizados a entornos académicos para contribuir, mediante procesos de socialización a su reintegración, pues se debe reconocer al individuo antes que como un excombatiente, como un ser multidimensional, es decir, “el ser humano es a la vez biológico, psíquico, social, afectivo, racional” (Morin, 1999, p. 16) y cada uno de estos aspectos requiere de abordaje profesional y sociocultural para garantizar el bienestar social.

Los datos también evidencian que un 28 % de los 57 mil hombres, mujeres y jóvenes han concluido su nivel formativo de secundaria y han obtenido el título de bachilleres antes de desmovilizarse de los grupos armados (Martínez et al, 2015). Cabe preguntarse entonces ¿cuál es la medida que se debe implementar desde la educación para estas personas que, finalizado su ciclo escolar, deseen continuar con estudios de orden superior? De acuerdo con los datos anteriormente mencionados sobre los porcentajes de las edades de los individuos desvinculados en la subdivisión 7,1 % (en la cual se hallaban individuos con edades entre los 18 y los

25 años de edad) así como la subdivisión 69,7 % (correspondiente a los individuos con edades entre los 26 y los 41 años de edad) se debe tener en cuenta que tras finalizar sus estudios de bachillerato, podrían estar interesados en iniciar estudios de formación superior (Martínez et al, 2015).

¿Cómo se prepara el país para garantizar el ingreso de desmovilizados a ambientes de educación superior? Según la Universidad Simón Bolívar (citado en El Heraldo, 2015, p. 3) “el 59 % de la población [colombiana] que está accediendo a la educación superior proviene de familias con ingresos inferiores a dos salarios mínimos legales vigentes”. Esto evidencia que aunque se generen políticas públicas que busquen contribuir con el acceso a educación superior el número de beneficiarios (que en este caso no son específicamente desmovilizados), aun siendo un número bastante amplio, no garantiza el ingreso del porcentaje total de los individuos.

El sector educativo en el posconflicto debe plantearse objetivos claros dentro de los cuales se encuentren la formación y capacitación, y la consolidación de un clima de reconciliación ya que esto podría mejorar diferentes aspectos que aporten a la resiliencia. En este espacio se pueden enseñar valores, actitudes, habilidades y reducir las polarizaciones políticas, económicas, sociales y étnicas, en razón a que la practica pedagógica puede generar espacios de diálogo (Infante, 2013).

Muestra de estos esfuerzos realizados por la educación superior es lo que ha hecho la Universidad Nacional de Colombia, en su Programa Iniciativas Universitarias para la Paz y la Convivencia (PIUPC), mediante estudios etnográficos para comunidades en situación de pobreza afectadas por la violencia; gracias a estos trabajos se han conformado grupos interdisciplinarios que facilitan la reconstrucción de las comunidades (Baquero y Ariza, 2014).

Los desafíos que plantea la educación del siglo XXI son: aprender a conocer; aprender a hacer, es decir, poner en práctica el conocimiento y aprender a convivir, o sea, fomentar las relaciones entre distintas culturas, grupos sociales, religiones. Las universidades han hecho un amplio trabajo para cumplir los dos primeros pilares; sin embargo, falta aún un

largo camino por recorrer en relación con el tercero. Los actos de violencia han creado un ambiente desesperanzador que contradice y limita el progreso de la humanidad. Por ello, enseñar que la violencia no es la mejor ni la primera alternativa, tiene que llevar al reconocimiento de la necesidad de evitar los prejuicios, con base en preguntas relacionadas con estos aspectos: ¿La convivencia en un mismo espacio con excombatientes de los grupos al margen de la ley, ya sea en ambientes escolares, académicos o sociales, cambiaría su forma de comportamiento o su percepción acerca del lugar donde se encuentra? ¿Cómo lo afrontaría? Estos son solo algunos de los desafíos de este momento histórico que atraviesa el país, y la educación como derecho fundamental no puede ser ajena a la realidad. En la resolución de estas circunstancias las personas de forma natural tienden a exaltar sus calidades o las del grupo al que pertenecen y así alimentar los prejuicios desfavorables frente a quien esté en el grupo opuesto (Delors, 1994). Es por ello que este tipo de situaciones y las respuestas dadas a estas, marcan un hito importante en lo que se podría considerar una transformación social.

En este marco, la labor que se le encomienda al sector educativo debe ir orientada a cumplir dos objetivos: 1) descubrir el otro, esto implica enseñar la diversidad, identificar los aspectos comunes en la humanidad del próximo y la interdependencia necesaria con otros seres humanos, con los iguales y con los diferentes. Esta labor debe empezar desde la educación inicial pero no culminar en la secundaria ya que es un proceso que se dará a lo largo de la vida. Es importante indicar que el conocer al otro parte de un autoconocimiento, de su reconocimiento como parte de la familia y de la sociedad, esto deriva en la empatía y en la resiliencia. El modelo educativo utilizado debe permitir, posibilitar, generar y basarse en la expresión de ideas que fomenten el espíritu crítico y la creatividad en los alumnos. La educación es el ambiente en el que las nuevas generaciones enfrentan las inevitables tensiones causadas por el encuentro con el otro, el enfrentamiento a posiciones diferentes y hasta opuestas, pero el afrontamiento de esta realidad por medio del diálogo y el intercambio de argumentos son las herramientas necesarias para capacitar a las personas

que habitarán el mundo en los próximos años; 2) el segundo objetivo es trabajar por construir y cumplir objetivos comunes, para facilitar los procesos de cambio personal y social, valorar los diversos puntos de vista, complementarse y hasta debatirse a sí mismo. Esto da origen a nuevas formas de pensar (Delors, 1994).

El camino apenas empieza, todas las experiencias positivas y las infructuosas en procesos de paz se centran en la posibilidad de hacer las cosas mejor, de invitar a todos los miembros de las comunidades a beneficiarse de un proceso común, de un proceso que requiere del aporte decidido que inicia personal y socialmente; la educación permitirá hacer de la paz un estado sostenible y duradero que beneficiará la convivencia y la economía del país.

Referencias

- ACR. (2015). *Información estadística; caracterización de la población*. Recuperado de: www.reintegracion.gov.co/es/la-reintegracion/Paginas/cifras.aspx
- Baquero, M. y Ariza Landínez, P. A. (2014). Educación, paz y posconflicto: oportunidades desde la educación superior. *Revista de la Universidad de La Salle*, 65, 115-134.
- Delors, J. (1994). *La educación encierra un tesoro*. México: El Correo de la Unesco, pp. 91-103.
- ICBF. (2014). *Boletín Análisis de Tendencias. Programa de Atención Especializado a Niños, Niñas y Adolescentes que se desvinculan de los grupos armados organizados al margen de la ley*. Bogotá: autor. Recuperado de www.icbf.gov.co/portal/page/portal/PortalICBF
- Infante, A. (2013). El papel de la educación en situaciones de posconflicto: estrategias y recomendaciones. *Rev. Hallazgos*, 11(21), 223-245. ISSN: 1794-3841

- Martínez, S., Ramírez, J. y Pertuz, M. (2015). *El rol de la educación en el posconflicto*. Recuperado de: compartirpalabramaestra.org/alianza-compartir-fedesarrollo/el-rol-de-la-educacion-en-el-posconflicto-parte-1-la-reincorporacion
- Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Unesco. Recuperado de: <https://drive.google.com/file/d/0B8SvIfCP8drxOE9SR3hyZU1SU2c/view?ts=5836f31f>
- Universidad Simón Bolívar. (2016). *Educación inclusiva y de excelencia, reto de la Colombia posacuerdo de paz*. Recuperado de: www.elheraldo.co/local/educacion-inclusiva-y-de-excelencia-reto-de-la-colombia-pos-acuerdo-de-paz-259751